

LA CONQUISTA DE TORTOSA EN SU ASPECTO MILITAR

por JULIO BELZA
Comandante de Infantería

«Tras los pormenores que hemos aducido para explicar la conquista de Tortosa, señalando los orígenes de donde proceden, queda enteramente a oscuras la Historia, tocante a otros datos y resultados.»

(BOFARULL, *Historia de Cataluña*. Tomo III, Capítulo 1.º, pág. 34.)

I.—PANORAMA GENERAL

A fin de localizar el caso concreto de la conquista de Tortosa, por Ramón Berenguer IV, en el panorama general de la Historia del Medievo, vaya por delante el cuadro de Europa y de España, que trazado a grandes rasgos es lo suficientemente expresivo para establecer comparación entre el aspecto militar que ofrecía el mundo exterior y el que presentaba nuestra Patria.

Siguiendo a Villamartín, diremos que a la exaltación individualista del feudalismo, no escapa la ciencia militar, ni en su contenido ni en sus procedimientos; ante aquel fraccionamiento político y social, también el arte de la guerra se satura de ese espíritu de disgregación, tanto en lo estratégico como en lo táctico. No existen grandes concepciones de la maniobra porque no son naciones poderosas las que luchan, ni sus tropas son ejércitos, ni los generales otra cosa que jefes de turba fanatizada por el poder absoluto de su conductor; la batalla es una serie simultánea de duelos singulares del hombre contra el hombre, es decir, una adición de luchas individuales.

Las Cruzadas obligaron al agrupamiento caótico y tumultuoso —si se quiere— ya que cada señor con su hueste, entra en acción según su método y voluntad, mas el paso histórico está dado y la unidad de combate, no la constituye el hombre sino el feudo. Aquellas hordas sin disciplina, sin administración, llenas de rapacidad, vandálicas e incoherentes, son la piedra angular de nuestra cultura y el hito que marca el comienzo del progreso en la ciencia militar, enseñando a guerrear a grandes masas, a perfeccionar el arte de la fortificación y, sobre todo, a proceder metódicamente.

Pero la España Medieval es una luz en las tinieblas del feudalismo, sin duda, porque la amenaza común de una raza poderosa en el propio suelo, impele a la unión, y porque al contacto del Califato de Córdoba, nuestros ejércitos formados en tan grande escuela, fueron los más ordenados de Europa. Además, si para perfeccionar la táctica, los países feudales necesitaron la experiencia de las Cruzadas, los españoles fueron cruzados sin ir a Palestina, y, por tener la Cruzada en la Península Ibérica, en nuestros reinos el feudalismo nació muerto. El poder real es fuerte, frente a una nobleza sin demasiados privilegios, y junto a un pueblo lleno de libertad, nuestros municipios acusan una personalidad recia; las ciudades crecen rápidamente y la provincia tiende a borrar sus linderos. Todo el país esta ligado, sin distinción de reinos, por un mismo afán, el de la Reconquista; aglutinante racial que culminará en la unidad política y que, por lo pronto, nos llevó a la hélica.

Por eso, mientras los gritos guerreros que sucnan más allá del Pirineo forman un coro disonante, en los ámbitos hispanos sólo se escucha el clamor unánime de «¡Santiago y cierra España!» que vocean las tropas reales, las milicias comunales y las Ordenes de Caballería, como una promesa inmediata de los ejércitos permanentes. Las tropas y las armas, actuando combinadamente y con unidad de mando, son capaces de crear principios (estratégicos, orgánicos, administrativos, tácticos) y, en suma, una doctrina de guerra que, sin llegar a ser otra cosa que un instinto de gran táctica, va a permitir, tres siglos después, el esplendoroso renacimiento del Gran Capitán.

II.—LA DECISIÓN

No resulta difícil discernir el señuelo que para la ambición de Ramón Berenguer IV representaría la posesión de Tortosa, —deseada por él desde diez años antes; pues la calidad de la población y el activo comercio que por el mar y por el río sostenía, mas la riqueza de su comarca, constituirían muy poderosos acicates para mover a la empresa de su conquista, aun dejando reducida la idea a su más bajo contenido materialista.

Había además otras razones de tipo militar, como el deseo de privar al enemigo de una plaza fronteriza del valor de Tortosa, asiento cómodo y seguro para los corsarios, y vecina de buenos puertos; además del interés estratégico de trasladar la frontera a límites tan precisos como los marcados por el gran foso del Ebro, evidenciando la necesidad de acometer su conquista tanto el ser punto de apoyo para las invasiones enemigas, como base cristiana posible para caer sobre la comarca valenciana.

Por añadidura, el Conde soberano acababa de regresar vencedor de Almería, y su alianza con los genoveses significaba el poder contar con unas naves que vendrían a reforzar a la todavía menguada escuadra catalana —muy lejos aún de ser señora del Mediterráneo—, en una empresa en la que la marina estaba llamada a jugar un papel decisivo. Sabe Ramón Berenguer de las discordias reinantes entre almohades y almoravides; del tratado de paz existente entre Génova y el rey moro de Valencia, que se vería así imposibilitado de socorrer a sus hermanos de Tortosa; del agradecimiento de Alfonso de Castilla, a quien acaba de prestar valiosa ayuda; asegurado de cualquier veleidad por parte de García Ramírez de Navarra, con quien ha concertado una tregua, el Conde catalán tiene las manos libres para lanzarse a la guerra, garantizado de toda interferencia extraña, en un momento político inmejorablemente elegido.

Unase a todo ello, el fervor religioso que presidía toda lucha contra el infiel, ya que arrebatárles tierras y ciudades, llevaba consigo el aumento del culto cristiano, la apertura de nuevos templos; la ganancia a nuestra fe de los conversos y el obtener la indulgencia que el Papa Eugenio III ofrecía, en la bula que promulgó, concediendo a la empresa privilegios de Cruzada.

En resumen: intereses materiales, razones de seguridad, exaltación religiosa y la moral elevada de unas tropas —no ha mucho vencedoras—, formaban un sólido conjunto de motivaciones. Bajo tan excelentes augurios, el genovés amante del riesgo y la aventura, el aristócrata aragonés, celoso de sus privilegios, el templario arrebatado por la fe, muchos caballeros y barones italianos o provenzales y el liberalismo enérgico y emprendedor de los catalanes, formando un bloque entusiasta y férvido, se lanza a la pelea, que si para unos era promesa de bienes terrenales, constituía para otros la senda hacia Dios y, para todos, un jalón interesantísimo en la empresa secular de la Reconquista.

Forja el Conde un plan del que no vamos a hacer la crítica, sino simplemente a exponer. La armada genovesa en su mayor parte, inverna en Barcelona, buena base de partida, próxima al lugar de la acción y bien resguardada, en tanto que el resto ha seguido hasta Génova en busca de pertrechos; ella, juntamente con la catalana, formarán primero el convoy de transporte de hombres y máquinas, entablarán luego acción contra cualquier armada que pudiera salirle al paso durante el viaje, y cubrirán al fin la comunicación y enlace con la retaguardia, asegurando la salvación del ejército ante una eventualidad desgraciada. Los barcos remontando el río, llegarían hasta las proximidades de Tortosa, para desembarcar las tropas, que rápidamente ocuparían alturas a ambas orillas del Ebro, en protección del grueso que habría de lanzarse sobre la ciudad.

Hubo opción, entre una acción terrestre, partiendo de las fronteras que entonces comenzaban a la altura de Cambrils, para llegar a Tárrega, doblando después hacia el Oeste según la dirección Lérida y Fraga; y esta otra expedición marítima, de mayor riesgo, pero más rápida, con mayores posibilidades de sorpresa y hasta de embolsar un buen espacio de terreno que, perdido Tortosa, caería por sí solo, sin necesidad de conquistarlo paso a paso.

Se explotaba también la superioridad de medios, pues por el mar, nada o muy poco podían oponer los árabes tortusis. No exigía división de medios ni dispersión de fuerzas, pues al contrario, se aplicaban estas con todo el empuje de un mazazo en la limitada zona de una plaza fuerte; y por último, se procedía a elegir acertadamente la época más propicia, la de comienzos del verano, ya pasados los temporales de primavera, con los días largos y las noches breves y sin el inconveniente de las crudezas invernales.

III.—EL HOMBRE

Doscientos mil hombres se aprestan al combate según se dice en la *Gesta Comitum Barcinonensium*: *En apres assetja Tortosa e hac-hi pres de C. C. milia homens*; insistiendo después: *Deinde Tortosam cum iannesibus obsidens ducenta milia armatorum ibi congregabit*, pareciéndonos, no obstante, cifra excesiva, dada más bien con la intención de asombrar a los lectores, como es frecuente en el subjetivismo de los cronistas de la Edad Media.

Vuelto Ramón Bereguer IV de la conquista de Almería, quedaron sus galeras y gran parte de la armada genovesa, como antes dijimos, detenidas en la playa de Barcelona, por ser invierno, pasando otras muchas naves a Génova con el fin de prepararse y ordenar lo necesario para la guerra, que el príncipe aragonés quería hacer al verano siguiente.

Comenzose el acopio de bastimentos, la acumulación de maderas y herramental, las operaciones de la recluta e incluso las algaras y correrías, a cargo de aquellos magníficos soldados almogávares; que tal vez no existieran como cuerpo organizado, según la opinión de Bofarul, pero sí como pequeñas fracciones de mercenarios, prontos a acudir allí donde los llamasen, pues aunque de origen incierto, su existencia parece cosa posible aun en la época visigótica, a juzgar por las reminiscencias que en su vestuario y en sus peculiaridades se pueden apreciar incluso en tiempos de Jaime I.

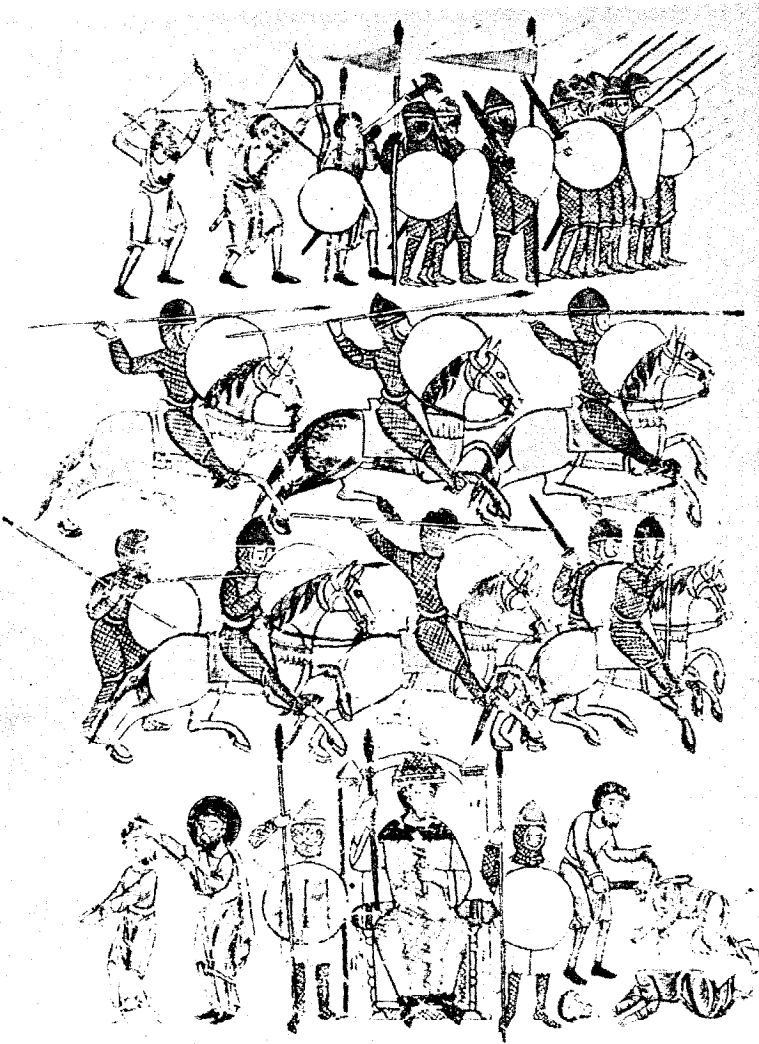
Estébanez Calderón, en su *Historia de la Infantería*, nos los describe admirablemente: Eran, dice, en lo físico, altos, enjutos y musculosos, de mucha resistencia para la fatiga y el trabajo, ligeros en la marcha, excelentes nadadores, de larga cabellera, gesto feroz, las piernas envueltas con pieles de fiera, rústicas abarcas por calzado, una red de hierro en forma de sayo cubriéndoles desde la cabeza hasta más abajo de la cintura, de donde pendía la recia espada mediante un ancho talabarte, a la espalda el zurrón con unos trozos de pan por toda ración de campaña, un pequeño chuzo y dos o tres azconas arrojadizas en la diestra; todo ello constituía su indumentaria y armamento, cuyo conjunto traslucía, la rusticidad goda, el aire grácil del falangista heleno y la fortaleza del legionario romano. Sigue luego con su retrato moral, diciéndonos de la conciencia de su poder y fuerza, del desprecio a la vida propia y

ajena, de su ilimitado valor y ansia de combatir, buscando la lucha próxima, con desdén para las armas defensivas inútiles a su mentalidad de agresor que sólo piensa en herir y matar; cauteloso y sagaz hasta el momento oportuno, había en su forma de lucha, algo felino que ante la presa a punto, salta, profiriendo su horrible alarido de «desperta ferro».

Una tropa de atletas a quienes ni el hielo ni el sol hacían mella en sus cuerpos; que comen pan o hierba, o ayunan si es preciso, hasta que el campamento enemigo les brinda sus víveres; que atraviesan a nado los ríos, saltan, trepan, acechan y caen sobre el contrario, para destrozarlo con los mandobles de su espada o con el dardo diestramente arrojado, constituyen, en suma, el arquetipo de una infantería atávica, nacida en la caza del ciervo y el reno, curtida en las intemperies montañosas de la Iberia; una infantería que ha educado su instinto guerrero en la oposición heroica a la rapacidad invasora de poderosas civilizaciones, hasta llegar en el siglo XII a la concreción de estos almogávares, que si durante la paz constituían una excelente fuerza fronteriza, trocábanse durante la guerra en vanguardia poderosa, a cuyo cuidado quedaba el servicio de descubierta y flaqueo en la marcha de aproximación y el rigor del combate en la hora suprema del asalto. Normalmente guerreaban a pie, pero desmontado el adversario, no desdeñaban su caballo, para aprovecharse de su velocidad y caer en un nuevo punto. La sorpresa, la emboscada, la diseminación, la rapidez en su maniobra y la concentración increíble en el momento y lugar oportuno, eran las características de su táctica.

Cierro el obligado paréntesis que me ha impuesto la descripción de tan notables luchadores, y ya que de recluta hice mención, no quiero pasar por alto el procedimiento generalizado en la época, sin entrar en las múltiples variantes que el Derecho consuetudinario y la magnanimidad del Señor imponían en cada localidad.

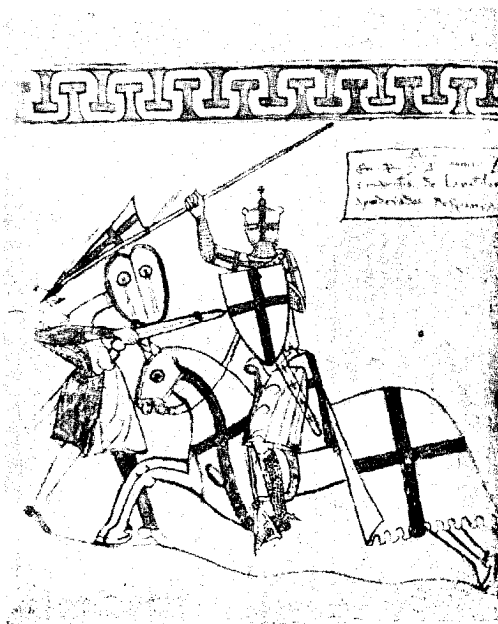
Las milicias comunales estaban constituidas por mercenarios pagados por los municipios, en tanto no se alejaron del término propio, pues en el caso de ser empleados fuera, era el rey quien cuidaba de su soldada y manutención, debiendo no obstante, reservar cierto número de hombres para la seguridad de la villa de día y de noche, recomendándose a tales efectos que se echaran del pueblo todas las personas desconocidas, encerrando hasta la salida del sol a cuantos transitaran de noche sin luz, tratándose de vecino o su familia, pues de no mediar esta circunstancia debían ser ajusticiados.



Guerreros medievales, según los *Comentarios al Apocalipsis*, del Beato de Liébana (Colección Morgan, Nueva York). El dibujo tiene un valor extraordinario, por reflejar muy exactamente los uniformes, formaciones y modo de combatir de los guerreros de entonces.



Miniatura del *Llibre dels feus*, siglo XII, guardado en el Archivo de la Corona de Aragón, representando un rey en el trono, recibiendo el homenaje de sus súbditos.



Ramón Berenguer, luchando, según un manuscrito existente en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, que contiene el Código de los Usatges.

A todo el que fuera a cabalgada por orden del Concejo debería proveérsele de caballo, y el que no asistiese pecharía dos maravedíes de ser caballero, y uno siendo peón, salvo los enfermos y ancianos. El señor de casa, venía obligado a concurrir a campaña sin posible sustitución, menos los ancianos que podían serlo por sus hijos o sobrinos. En cuanto a las raciones, el caballero que no aportaba lanza, escudo y espada, recibía media; el peón sin lanza ni dardo, ninguna; el balletero con ballesta y cien saetas, media; el de a caballo con ballesta de dos cuerdas y doscientas saetas, ración entera, y lo mismo el que aportaba lóriga con almofar o cadena con doce collares; media percibiase por llevar lóriga o lorigón, y un cuarto de ración, por capello de hierro. Los jueces y los alcaldes, debían procurar que los caballos fuesen buenos o de lo contrario cambiarlos (1).

Más interés ofrece aún, el *Fuero Romanceado de Molina*, dado por el Conde don Manrique de Lara en 12 de abril de 1152, por ser documento coetáneo a la conquista tortosí y por no diferir casi nada de las ordenaciones de los Reyes de Aragón, ni de las disposiciones catalanas para reunir el Somatent.

Dice el citado pergamino, resumiéndolo en la parte que interesa a mi estudio que el vecino que tuviera caballo, arma de hierro o madera y casa poblada con mujer e hijos, nada tendría que pechar, y quien la tuviera dentro de los adarves, sólo pecharía en los muros. Los clérigos no irían en hueste, ni tendrían que hacerse sustituir, mas si tuvieran hijos o sobrinos que pudiesen ir, lo harían en su nombre o de lo contrario pecharían. El que tuviera dos yuntas de bueyes con su heredad y cien ovejas o heredad que valga mil mencales, vendría obligado a concurrir con caballo de silla, pero si no tuviera más que una yunta y cincuenta ovejas, concurriría con el caballo que pudiese. El que llevare moros procedentes de tierra de guerra para poblar su aldea, serían para él. Los de Molina que fueran de hueste, vendrían obligados a dar la quinta parte de los prisioneros y del ganado aprehendido, en tanto que los peones deberían dar la séptima parte. El que aprisionara un alcaide, lo entregaría al señor de la Villa, recibiendo maravedíes alfonsinos. Cuando el Concejo fuera en hueste podría llevar para su custodia los hombres que escogiere, y si estas guardias en el cumplimiento de su misión mataran o hirie-

(1) *Fuero sobre fecho de cabalgaduras*. Títulos LVII a LXIII.

ran, no se les consideraría como homicidas, ni tendrían que pechar, y en cambio si alguien los hiriese o insultara, pagaría el agresor cincuenta maravedíes. Quedaba prohibida toda enseña que no fuera la del Señor o del Concejo. El caballero que no asistiera pecharía cinco mencales y lo mismo si no llevase lanza o escudo; el peón, en iguales condiciones, pecharía dos mencales y medio. Los caballeros de la sierra, tendrían por soldada de una grey de más de cien hombres, una borra (2). El juez y los alcaldes, tendrían caballos que valiesen veinte maravedíes, y el que no lo tuviera no podría juzgar.

Los caballeros templarios, que tan lucido papel desempeñaron en esta campaña, eran caballeros de noble linaje, procedentes de los distintos reinos hispanos que, después de su ingreso en la Orden y de su profesión en Jerusalén, regresaban a la patria para tomar parte en la lucha contra los moros, siendo tales sus proezas y tan considerable su poder que fueron —como es bien sabido— una de las ordenes heredadas de los reinos de Alfonso *el Batallador*. El mismo Ramón Berenguer IV vistió el hábito de templario, después de una solemne ceremonia. Tres categorías constituían la Orden: los caballeros, los escuderos (*armigieri*) y los seglares. Vestían los primeros manto blanco con una cruz roja ochavada en el pecho, puesto sobre las armas, estando obligados a dejarse la barba. Los segundos formaban el cuerpo de batalla, siendo los hermanos sirvientes de la Orden, eligiendo entre ellos al Sotomayor, a quien correspondía la distribución y cuidado de las armas, y el Ganfolonero o jefe de escuderos. Por último, los caballeros seglares se adherían a la milicia por un cierto tiempo, debiendo adquirir a la Orden el caballo y las armas y recuperando al terminar el compromiso la mitad de su importe.

Entre los grandes cargos de carácter militar, se encontraban: el Mariscal o jefe supremo de la milicia, el Contur o guardián de la Santa Cruz durante la guerra, y el Turcopolier o comandante de la caballería ligera. Algunos de estos cargos se repetían en provincias, aunque como es natural, con funciones más modestas que las de carácter general, señaladas para los magnates de Jerusalén (3).

La Orden del Santo Sepulcro, que fue también heredera de la Corona de Aragón, a la muerte de Alfonso I, contó entre sus ca-

(2) *Fuero Romanceado de Molina*.

(3) AYNETO, JOAQUÍN, *Historia de los Templarios de Aragón y Cataluña*. Lérida. 1904.

balleros al Conde catalán, y juntamente con la del Temple formó parte de la caballería en el sitio de Tortosa (4).

Estaban integradas las tropas a caballo: por las órdenes militares, las milicias del Rey y las huestes de los grandes señores. Su menor unidad de combate era la lanza, compuesta por un caballero, tres arqueros a caballo y un escudero; cincuenta de estas lanzas constituían un pendón.

Y para terminar con cuanto a tropas, su recluta y organización se refiere, sólo me resta señalar que el propio Ramón Berenguer asumió el mando supremo del ejército, asistido de condestables o directores de las Armas, adalides o generales de Estado Mayor y, sobre todo, por el Senescal o Jefe de la Nobleza, Ramón Guillén de Moncada o Guillermo Ramón Dapifer (5), a quien, según escritura que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón, le fue prometida por el Príncipe la tercera parte de la ciudad. Asistieron a la empresa, según el analista de Génova: Bernardo, Arzobispo de Tarragona; Guillermo, Obispo de Barcelona; Guillermo de Montpeller, Señor de las fuerzas genovesas; Arnaldo Mirón, Conde de Paliars; Bernardo de Belloch; Guillermo de Castellvell y su hermano Alberto; Pedro Beltrán; Ramón de Pujalt; Guillermo Santmartí; Ramón de Cervera; Ramón Folch de Cardona; Ponce de Santafé; Ramón de Boxadós; Pedro Beltrán de Montpalat; Guillermo de Cervera; Guillermo de Moncada; Gerardo de Jorba; Pedro Sánchez; Berenguer de Tarroja (6), y los demás que como firmantes de la Carta-Puebla, es de suponer concurren así mismo a la conquista: Fray Berenguer de Aviñón, Maestre del Temple; Fray Raimundo de Cubells, preceptor de Miravet; Fray I de Cervera, preceptor de Monzón; Pedro de Santminat; el Baile del Conde Guillermo de Copons; Mosén Roger Después, uno de los cuatro caballeros que ganaron corona mural (7), y otros muchos de cuyos nombres no ha quedado testimonio.

(4) PERAY Y MARCH, JOSÉ, *Establecimiento, vicisitudes y significación social de la Sagrada Orden Militar del Santo Sepulcro en tierras españolas*. Tomo del Congreso de Genealogía y Heráldica de Barcelona. Barcelona. 1929.

(5) Pergamino 189.

(6) BOFARULL Y BROCA, ANTONIO, *Historia Crítica de Cataluña*. Tomo III. Barcelona. 1876.

(7) VILLANUEVA, *Viaje Literario*. Tomo V.

IV.—LOS MEDIOS

Examinado el factor hombre, paso al estudio de los medios empleados por aquél, sin detenerme en las armas individuales: lanza, espada, daga, escudo, cota y capacete de los de a caballo, ballesta arco, pica y honda de los peones; pues, o bien fueron mentados al describir los almogávares o resulta innecesario por harto conocido. Baste recordar que la Infantería usó, desde la primitiva honda pastoril hasta la ballesta, de mayor alcance, aunque de menor velocidad de tiro que el arco sagitario y que la pica; y los abrojos (especie de clavos de tres dientes acerados, de tal forma dispuestos que siempre quedaba uno hacia arriba) con que se sembraba el campo, constituían las defensas contra la caballería.

Mayor detenimiento requiere el tren de sitio, usado con tal amplitud que algunas de sus máquinas merecieron la atención de cronicones, poco dados, por lo general, en sus relatos, a detalles particularistas. Los gatos y zarzos no eran sino diversos resguardos, hechos con troncos, ramajes, tablones, tierra y piedras, tras los cuales se situaban los ballesteros para disparar con cierta seguridad.

El trabuquet era una máquina de arrojar piedras, consistente en unos montantes fuertemente apuntalados y unidos mediante trabazón de cuerda, que servían de apoyo a una larga viga de diez o doce metros de longitud, la cual giraba por su centro al voltear sobre los montantes, colgándose en uno de sus extremos un peso de veintiséis mil kilos y al otro una bolsa de cuero y sogas, llena de piedras, sujeta al suelo por medio de dos torniquetes y un sistema de resortes que al bajar elevaban el contrapeso; bastaba, pues, dejar el extremo de la bolsa para que ésta fuera lanzada violentamente.

La mangana, cuyo nombre derivado del griego «magganon» o del árabe «manganik», dio origen a la voz latina «manganum», a la castellana «mangana» y a la «manganell» del catalán, es citada por el monje Abbo en su poema *De bello Parisiaco*: (*Mangana que proprio vulgari libitu vocitantur*), como empleada por los normandos el año 886 en el sitio de París; atribuyendo a ese pueblo su invención, Rodolfo Scheider, en su obra *Die Artillerie des Mittelalters* (Berlín, 1910). Extendida más tarde por Europa, subsistió hasta la aparición de la artillería. Era como el trabuquet, una

máquina balística de muy parecido funcionamiento, con la diferencia de que su brazo mayor arrastraba en su giro una honda cargada con una piedra de gran tamaño, y a veces una cuchara para lanzar fuego griego, no siendo cierto contra lo que afirma J. D. W. M. en su *Diccionario Militar*, que disparase flechas ni cadáveres de hombres o caballos. Malvecio en el *Cronicon Brixianum*, dice: *Erexe-runt quoque petrias quas. Nos manganas aut trabucos dicimus*. Queda fuera de toda duda el que se usara en el sitio de Tortosa, si bien no podemos hacer igual afirmación respecto a que se instalara a bordo de las naves surtas en el río; de todas formas, se emplearon en alguna ocasión, como prueba el dibujo que figura en el manuscrito de Paulo Santino Ducense. Sus proyectiles consistían en cantos rodados, *saxa rotunda de fluviiis quia pro soliditate graviosa sunt*, que batían adarves, derribaban almenas y alejaban a sus defensores, desmoralizando a los habitantes de la población, quien, por otra parte, debía sufrir más daño moral que material. La piedra proyectil llegó a labrarse en forma redonda, buscando un mayor alcance y precisión del tiro, lo que denota ciertos conocimientos de balística. Estos bolaños —que así se llamaron— se emplearon en la conquista de Almería y con toda probabilidad en el sitio de Tortosa, conservándose algunos ejemplares en el Museo del Ejército. También se los envolvía en sustancias inflamables, arrojándolos después de encendidos, lográndose de esta forma efectos incendiarios.

Con pequeñas variantes, el almojaneque y la fandofla, completaban el surtido de máquinas neurobalísticas que sin distinción de pueblos ni de épocas, sirvieron durante la mayor parte de la Edad Media para resolver el problema de combatir desde lejos, eludiendo la lucha cuerpo a cuerpo.

Complemento de ello y quinta esencia de los ingenios de ataque, son las bastidas o torres cuadradas, de varios pisos; especie de castillo móvil montado sobre ruedas o rodillos, a fin de poderlo acercar al muro o torre de la fortaleza enemiga, cuya altura debía superar. Sus paredes eran muy fuertes, hechas de maderos o tablones resistentes a las saetas y demás armas arrojadizas y, además, forradas de cuero crudo de buey, a fin de evitar su incendio. Desde las aspilleras de su parte superior podían los ocupantes batir en un plano igual o superior al contrario, arrojándole fuego griego, piedras o dardos. Sus desplazamientos podían lograrse por medio de cabestrantes y aparejos accionados desde su interior, afirmando Exi-

menes en *Lo Crestiá* (8), que estas bastidas llevaban a la altura del muro contra el que combatían un puente levadizo, por medio del cual podían los ocupantes asaltar la fortaleza; afirmación que el gran tratadista militar Almirante, pone en tela de juicio y yo con él, pese a que en la moderna Metodología Histórica se prohíba al investigador toda especulación personal que no venga contrastada por el testimonio de una fuente fidedigna. Dejemos, pues, reducido su papel al de un utilísimo fuerte portátil, que permitía batir a los defensores obligándolos a ocultarse mientras los asaltantes trepaban por las escalas. Así lo cuenta Zurita al describir el asalto de la Zuda, valiéndose de una colosal bastida, ocupándola trescientos hombres que asaetearon y lapidaron a los moros, logrando derribar un lienzo de muralla, y que a pesar de haber cegado la cava, para más acercarse, no pasaron a la fortaleza mediante puente levadizo alguno, sino por la brecha abierta en ella, bien desde la misma bastida, o tal vez desde alguna brigola o ariete protegida por ésta.

Otras máquinas de acceso fueron: el músculo y la tortuga o testudo, llamadas también casas y casetas, que Goday y Casals (9) describe como barracas con ruedas, muy resistentes, con techo a dos vertientes recubierto de pieles frescas, a fin de que los defensores no pudiesen incendiarlas. Medían las tortugas unos doce pies de altura por veinticinco de lado, siendo los músculos de menores dimensiones. Unos y otras se empleaban para llegar hasta el muro, albergando veinte o treinta hombres, que provistos de ariete y garfios socavaban los bloques con el primero y retirábanlos con los segundos. Otras veces servían para protección de los soldados encargados de cegar los fosos, y no pocas para facilitar el asalto. Ballesteros propios, convenientemente situados, debían disparar sus armas contra los defensores más inmediatos a estas casetas, a fin de impedirles que les arrojasen nada.

Su indudable utilidad las hacía imprescindibles en el ataque a las plazas fuertes, y puesto que en Tortosa no sólo se cegaron fosos, sino que se demolieron lienzos de muralla, es de suponer que el sitiador no pudo por menos de utilizarlas, aunque para provocar los derrumbamientos se valiera del procedimiento de socavar el terreno hasta llegar bajo el muro y entibar al modo que lo hacen los

(8) Libro XII, 2.^a parte, Cap. CCXCIII.

(9) *Medios de ataque y defensa en la Crónica del Rey Don Jaime*. Congreso de Historia de Aragón. Tomo II. Barcelona. 1913.

mineros, prendiendo fuego al maderamen, que al arder produciría el hundimiento y con él una brecha por donde lanzarse al asalto las tropas dispuestas de antemano. Se recomendaba darle a la cava una anchura de veinte pasos, hacerla de noche, esparcir la tierra sin amontonarla, e iniciar la obra lejos y tras alguna tienda o caseta, a fin de explotar los efectos de sorpresa.

El fuego griego, cuya invención data del siglo VII, fue usado por los helenos en su lucha contra los rusos de Igor, el año 941, ante Constantinopla, según cuenta Diehl (10). Se obtenía mezclando sustancias resinosas con azufre, salitre y petróleo, e impregnando con él todas las estopas, que se colocaban en el cucharón de las ballestas, trabucos y almojaneques, lanzándolas después de hacerlas arder. También se ponía en recipientes adecuados o se embadurnaban las piedras, como se ha visto anteriormente (11).

No puedo concluir esta somera revista del material empleado en el asedio de Tortosa, sin hacer mención de la Armada, que tan primordial función desempeñó en la conquista. Unas referencias de Zurita y algunas otras, citadas por los historiadores muy de pasada, no son testimonio suficiente, ni permiten fijar el número ni características de las embarcaciones genovesas y catalanas que participaron en la batalla. Pero así como el analista que en ciertos exámenes bacteriológicos dictamina un resultado negativo que no quiere decir «no hay» sino «no encuentro», de igual modo he de confesar mi carencia de antecedentes.

Grande debió ser el número de naves empleadas —tal vez doscientos sesenta bajeles (de los cuales ochenta y tres eran galeras)— si se tiene en cuenta que con ellas no sólo había que bloquear la costa a lo largo del delta y puertos próximos, sino, además, contribuir al sitio desde el propio río y servir de medio de transporte a los numerosos guerreros que llevaban la misión de desembarcar en ambas orillas del Ebro. Debieron ser galeras de gran porte, que desplegaban velas latinas: fustas de trescientas toneladas, movidas a remo; naves de carga y otras, dos o tres veces mayores que los laúdes que actualmente surcan el río, de poco calado, elevados de borda y torreados a modo de castillos flotantes, uno a proa y otro a popa, donde se situaban los arqueros, provistos de uno o dos palos

(10) *Grandezza y servidumbre de Bizancio*.

(11) MARVÁ y MAYER, *Estudio histórico de los medios de ataque y defensa*. Madrid. 1903.

donde izar un velamen capaz de utilizar la brisa de popa para poder navegar río arriba, sin que por ello faltase el correspondiente juego de remos, a modo de motor auxiliar. Pudiera ser su dotación de unos doscientos hombres, cifra que si se compara con la del número de combatientes, nos da como resultado una insuficiente cantidad de embarcaciones. Claro que no se ha tenido en cuenta las naves de carga, cuya cuantía nos es totalmente desconocida; y téngase presente, además, al conjeturar sobre el aforo, la gran cantidad de caballos que necesariamente hubo además que transportar.

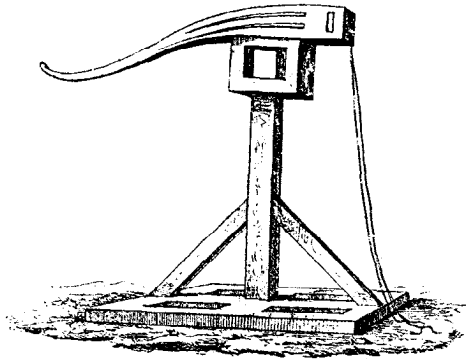
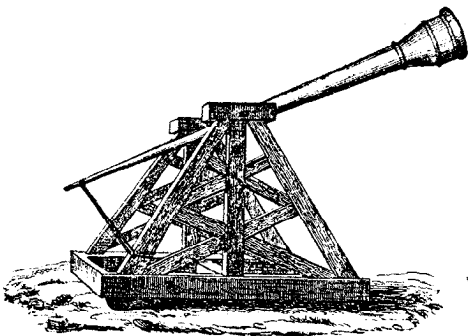
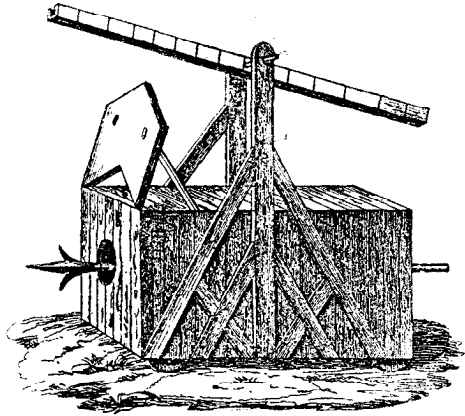
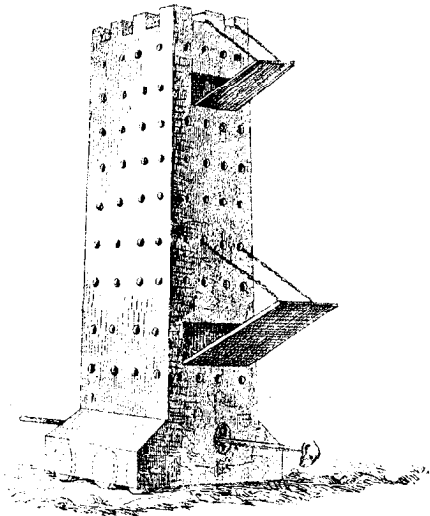
V.—EL TERRENO

La inmutabilidad de la Geografía hace innecesaria toda meticolosa descripción del terreno, pues a nuestros propios ojos se ofrece esta apacible comarca que preside la bella ciudad de Tortosa, asentada entonces en la ribera izquierda del Ebro, el río tantas veces heroico, y a unos quince kilómetros de su desembocadura.

El valle no muy amplio, contiene el cauce propiamente dicho, a su característica zona de desbordamientos y a otra más alta, o terraza pluvial, formada por los acarreos de los numerosos barrancos que descienden por las laderas que limitan el valle. Las de la izquierda, más inmediatas, son la de la Roca Corva, con su vértice Redó de 390 metros de cota; estas alturas descienden más rápidamente hasta el río que las de la derecha, cuyas mayores alturas quedan ya muy apartadas del Ebro.

En cuanto al río, después de su inflexión al Sur de Bitem, en la isla de Audi, toma sensiblemente la dirección Norte a Sur, para torcer hacia el Sudeste, muy luego de haber pasado sus aguas por Tortosa, iniciándose otra curva a la altura de otra isla temporal del lecho.

Los recursos económicos con que contaban eran muy amplios, principalmente los agrícolas, no siendo tampoco menores los que le proporcionaba el comercio a través del río. Aunque el hecho de tener las galeras al alcance de la mano y en ellas ser posible el almacenamiento de víveres, la riqueza del teatro de la guerra debió permitir a los sitiadores muy ampliamente vivir sobre el país. Tampoco debió faltarles la madera y leña, que tan necesarias les fue como después se verá, en cantidades enormes, y que debieron transportar desde los montes cercanos.



Cuatro máquinas de guerra, de las utilizadas en la Edad Media, para batir y asaltar fortalezas: una *bastida de puentes*, un *ariete protegido en casamata*, un *trabuco* y una *mangana*; según la interpretación, muy discutible, del Conde de Clonard (*Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas*: Madrid, 1851.)

Dedicaré, por último, unas líneas a esa interesante pequeña topografía de la fortificación. La ciudad se asentaba en la orilla izquierda del río y como abrazada por dos alturas que servían de límite al Barrauco del Rastre, por donde se deslizaba la antigua vía romana; sobre estas alturas no superiores a los sesenta metros, se alzaba el castillo de la Zuda, el más importante y fuerte de la ciudad, extendida a su sombra y bajo su mirada protectora. Rodeábala, además, una buena muralla, reforzada en los sitios más convenientes por cuarenta torres, pregoneras de la importancia de la plaza.

Desde muy antiguo, había para pasar a la otra orilla del río, un puente de barcas defendido por el correspondiente revellín, en tanto que aguas arriba, junto a la ya mencionada isla de Audi, se alzaba el torreón d'en Cordé, con la misión táctica de proteger las cadenas extendidas de una a otra orilla, para cerrar la navegación por el río a toda embarcación procedente del Norte. Igual dispositivo había también al Sur de Tortosa, subsistiendo aún las torres de San Onofre y la llamada de la Carroba, ambas de vigilancia, para avisar por medio del fuego la presencia de barcos enemigos en el río.

VI.—LA TÁCTICA

Examinada ya la decisión de Ramón Berenguer IV con los factores que determinaron su lanzamiento a la empresa de conquistar la hermosa ciudad ribereña y los medios de acción de que dispuso para su logro (hombres, instrumentos y terreno), no resta otra labor que la de barajarlos convenientemente, para llegar al final de nuestro trabajo, estudiando el choque con el enemigo, es decir, la táctica empleada.

Ni documentos, ni crónicas, ni historias árabes, suelen ser muy explícitos, ni dados a entrar en pormenores de lo ocurrido durante el sitio, que narran muy a la ligera, y ni que decir tiene, sin dar luz suficiente para hacer un estudio militar. Resignémonos, pues, a esta oscuridad histórica que nos obliga a reducir este trabajo a una recopilación de los datos dispersos en las diversas fuentes, contrastarlos para obtener la garantía de una relativa veracidad, y suplir ligeramente un poco de lo que falta, no con los oropeles de la fantasía, no con esfuerzos imaginativos, sino aplicando los principios de la razón y de la lógica.

Partió la armada de Barcelona el día 29 de junio, llegando a la

desembocadura del Ebro el día primero del mes siguiente, para remontar el río hasta dar vista a la ciudad.

Aunque nada nos digan los historiadores, hay que suponer que tuvieron necesidad de romper las cadenas tendidas de una a otra orilla y reducir la torre de la Carroba, que desde la derecha las guardaba. Comenzó el desembarco simultáneo en ambas riberas, haciéndolo en la de la izquierda las gentes de a pie del país y genovesas, en tanto que por la derecha pasaban a tierra el Príncipe catalán, el Señor de Montpellier y los ricos-hombres con sus mesnadas. Los primeros debieron situar sus campamentos a la altura de la confluencia del arroyo de Capuchinos con el río, extendiéndose seguramente hasta después de atravesar el Barranco del Rastre —probable dirección de la antigua vía romana— a modo de semicírculo por el Noroeste de la plaza, mientras que los segundos se encaminaron hasta unas alturas que flanqueaban los barrancos de San Antonio, de la Cervera y el de las Colinas, ocupándolas, así como los más importantes pasos, hasta cubrir la retaguardia de los sitiadores, o dicho en términos militares, estableciéndose en línea de vigilancia para darles seguridad por aquella parte, tan expuesta a sorpresas. En cuanto a los caballeros templarios y los extranjeros, se fijaron frente al revellín próximo al río.

El desembarco se realizó sin resistencia enemiga, tal vez por carecer de fuerzas suficientes o más bien debido a los efectos de sorpresa, que gracias a la rapidez impidió a los moros poner en ejecución sus planes de defensa. No se explica sino, cómo no taponaron la navegación, hundiendo en el cauce, convenientemente rellenos de piedras, los numerosos cascos de embarcación con que debían contar en la dársena dedicada a la construcción naval, de tal importancia en aquella época, que incluso estaba protegida por murallas.

Cerrado el paso del puente y totalmente cercada la ciudad, hubo unos cuantos días de espera, sin producirse el menor choque ni sin que los sitiados dieran muestra alguna de inquietud, probablemente confiados en sus propias fuerzas y recursos.

A la vista de lo relatado, puede apreciarse la existencia de un plan inicial, si no muy acertado en la concepción —ya que bien pudieron inutilizar el puente de barcas y dejar que el propio cauce del río les diese la seguridad, logrando por añadidura economía de fuerzas— si metódicamente ejecutado, con unidad de mando y correcto empleo del principio militar de la acción de conjunto.

Lo heterogéneo de las tropas reunidas para la empresa, donde

junto al aventurero y al mercenario, se alineaban fervorosos cruzados de muy diversos países y soberbios nobles, jefes naturales de su propia hueste, fueron circunstancias que no dejaron de tener su influencia en la disciplina. Fue así como sin permiso del Conde, alguna parte del ejército se lanzó prematuramente al asalto, atraídos sin duda por una falsa apreciación de descuido enemigo. Después de tres horas de dura lucha, durante la cual fueron los genoveses quienes llevaron la peor parte, tuvieron que retirarse abatidos y maltrechos, con la consiguiente desmoralización para el conjunto de las tropas, desmoralización que Ramón Berenguer IV, con certera visión, trató de remediar, mandando que los mismos que tomaron parte en la refriega salieran nuevamente para vengar a sus muertos.

La batalla había empezado; esta vez no llevada por el irreflexivo impulso de algún impaciente mando secundario, sino como consecuencia de un precavido y metódico plan, mediante el cual entraron en juego las bastidas acercadas a la muralla, después de haber cegado los fosos «de setenta y cuatro codos de ancho» con árboles y tierra, y desde las cuales los trescientos hombres que las guarnecían se dedicaron a demoler mampuestos, hasta abrir un portillo, por donde penetraron —a decir del cronista genovés Justiniano— dos de tales torres móviles, una de las cuales fue dirigida a la Mezquita y la otra a la Zuda, haciendo gran estrago en las fortificaciones y casas, pero sin lograr mantenerse en el interior del recinto, pereciendo los ocupantes de ambas.

Pero creemos que debieron, pues, ser gatos, los ingenios de guerra a que se refieren los cronistas, al decir que llegaron hasta la Mezquita y hasta la Zuda; gatos que, pese a su menor volumen y mayor manejabilidad, es casi imposible que pudieran avanzar un tan largo trecho, opinando por consiguiente que el portillo abierto en la muralla lo sería en las proximidades del actual portal de Romeu.

Hubo necesidad de recurrir a la dispersión, a las acciones simultáneas, a las pequeñas diversiones tácticas, y a la reiteración de esfuerzos.

Los trabuquet, manganas, almojanaques y fandoffas, comenzaron a lapidar torres y murallas, así como las casas de la ciudad, de día y de noche, sin dar punto de reposo a los defensores y desmoronando a la población. Arqueros y ballesteros, parapetados tras zarzos y gatos, disparaban sobre almenas y saeteras, para obligar a esconderse al enemigo que las guarnecía, mientras testudos y músculos provistos de arietes golpeaban los muros hasta abrirlos,

lanzándose a la brecha la hueste preparada: «*Que cuando los peones en uno les abrysen entrayen los caualleros mejor por do pudiesen*» (12).

Otras veces, bajo la protección de bastidas, se escalaba el muro por muchos sitios a la vez o se hacían caer lienzos de muralla cavando sus cimientos. Para tales perforaciones sobre unos muros atestados de enemigos valerosos, es indudable se necesitaría mucho tiempo y muchas vidas, y así a fuerza de heroísmo y de constancia, se fueron conquistando torres exteriores en número de cuarenta, hasta obligar a los moros a guarecerse en el castillo de la Zuda.

Durante este período, tuvieron lugar episodios tan interesantes como el de la prisión del caballero Francisco Guillén, condenado a morir empalado por resistirse a renegar de su fe, o el de la hazaña de Guillermo Ramón de Moncada, Roger Despuig, Pedro Senmenat y Berenguer de Polach, quienes ganaron la corona mural por haber escalado el muro próximo al castillo (13).

De todas maneras, los asaltos resultaban infructuosos, el sitio se prolongaba, y por añadidura dos hechos adversos vinieron a sembrar de inquietud el ánimo del Conde-Rey: la pérdida de Fayos y Tauste en Aragón, inopinadamente atacados por el Rey de Navarra, García Ramírez, pese a la tregua pactada entre ambos soberanos; y la falta de recursos económicos, a tal punto llegado que, no pudiéndose pagar los sueldos estipulados, cundió el descontento, las deserciones, los motines y las tropelías características de los soldados medievales. Justiniano *el Genovés*, llega a afirmar que sólo le quedaron al Conde soldados genoveses y veinte catalanes, si bien el también cronista Pujades sale por el buen nombre catalán y califica de falso testimonio la afirmación de su colega italiano.

La fortaleza principal, magníficamente situada, defendida por un foso tan profundo y ancho que hacía imposible el empleo de torres, ni el asalto a escala vista, seguía, en tanto, resistiendo perfectamente y haciendo estériles los esfuerzos cristianos. Sin duda se confiaba allí en que el rey de Valencia Abú-Abdalá-ben-Mordanich, acudiría en su ayuda, caso que Ramón Berenguer había sabido evitar con su alianza a los genoveses, quienes tenían pacto de concordia con el rey moro valenciano.

(12) ANÓNIMO, *Poema de Fernán González*.

(13) MARTORELL, *Historia de Tortosa*.

Se había llegado a uno de esos puntos muertos o compás de espera en que los dos bandos se abstienen de toda iniciativa. Tal estado de cosas, prolongado ya por espacio de tres meses, hacía intolerable la situación de los atacantes, por más que prácticamente fueran ya dueños de la ciudad; urgía una solución y ésta fue tomada.

Comenzose a la ímproba tarea de rellenar el foso a fuerza de ramaje y a establecer grandes plataformas, de manera que pudieran acercarse una colosal bastida que se había construido. Escogidos de entre los mejores trescientos hombres para servir en su interior, acercóse al muro, empezando a combatirlo, y tras causar mucho daño a sus defensores, logróse derrumbar un lienzo de muralla, que mató a muchos de los que allí luchaban. Los moros se vieron entonces en la necesidad de parlamentar, pidiendo una tregua de cuarenta días, trascurridos los cuales prometían rendirse caso de no llegarles socorro, a la vez que dejaban en rehenes cien moros principales.

Grande fue el apuro del Conde, ya que esta tregua acrecentaba su penuria, de la que vino a sacarle el patriotismo de los barceloneses. En efecto, Pedro Aimerich, Armengol de Manresa, Bernardo Marcus, Guillermo Pons, Juan Martín Aimerich y los hijos de Arnaldo Pedro de Archs, prestaron siete mil setecientos sueldos, como consta en escritura de 3 de diciembre de 1148.

Finalizado el plazo, los moros cumplieron su promesa y entregaron el castillo de la Zuda, rindiéndose al Conde Soberano. En el día 31 de diciembre de *lany mil XLVIII fo presa Tortosa*, como dice el Cronicón Dertusense.

Ramón Berenguer IV, entró en Tortosa con «grande gloria y triunfo de haber conseguido uno de los mejores lugares que en España era poseído por ínfieles», en frase de Zurita, y tras de dar a los genoveses un tercio de la ciudad, igual que a Guillén de Moncada en feudo de honor, reservó un quinto para los templarios y para sí el título de Marqués de Tortosa, en prueba de que a nadie cedía el honor de ser cabeza visible de la ciudad que tanto había anhelado.

En la clave de sus arcos, quedarían esculpidas las armas catalanas y sobre aquellos mismos cimientos de la Mezquita mayor que sabían de versículos coránicos, se alzarían los muros de la Catedral, bajo cuyas crucetas iban a resonar los cánticos a Nuestra Señora de la Cinta y el eco de las fervorosas oraciones que en

la hora difícil de su alumbramiento le dirigirían, desde la más humilde madre tortosina, hasta la elevada majestad de las reinas españolas.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

ANÓNIMO: *Poema de Alexandre.*

ANÓNIMO: *Fuero o carta-puebla de Avilés.*

ANÓNIMO: *Carta-puebla de Tortosa.* (Copia de 1157.)

ESTÉVANEZ CALDERÓN, SERAFÍN: *Historia de la Infantería.*

ANÓNIMO: *Gesta Comitum Barcinonensium.*

MIRET Y SANS, J.: *Memoria sobre los orígenes de las Ordenes militares...* (Memoria de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.)

VILLAMARTÍN, FRANCISCO: *Nociones de Arte Militar.* Madrid. 1883.

MARTÍNEZ BANDE, JOSÉ MANUEL: *Historia de la Artillería.* Madrid. 1948.